

publica inmediatamente después de salir de prisión. La editora subraya esta circunstancia porque la crítica anterior, precisamente, apuntaba a la inserción apresurada de algunos fragmentos.

Con respecto a la fecha de redacción, Alonso afirma que Quevedo la redactó en torno a 1631; el extravío de sus papeles, que puede seguirse en las cartas de Quevedo, explicaría que no se publicara hasta 1644. Todas las ediciones derivan de la primera. La editora se detiene en el estudio de las ediciones posteriores a 1644, puesto que Quevedo se manifestó insatisfecho con las dos ediciones que llegó a ver en vida. También revisa especialmente la de Fernández Guerra, que juzga atinada en líneas generales, mientras que muestra sus disidencias con las de Astrana Marín y Felicidad Buendía. Su edición toma como texto base la *princeps* de la obra, que se imprimió en vida y bajo el posible control de Quevedo; la anotación se adecúa a las indicaciones generales de edición de la obra, como en el resto de los tratados.

CONCLUSIONES

Ya se ha editado el volumen vi de las *Obras Completas*, y seguramente los siguientes no tardarán en publicarse. En el balance provisional al que recurrimos al inicio, Alfonso Rey, orgulloso de su obra y de quienes con él han realizado las ediciones, señala con modestia que estas no han de ser las ediciones definitivas de los textos quevedianos, que no está dicha la última palabra sobre la fijación textual. Quiere reconocer que nunca se logrará la última palabra en lo relativo a la interpretación del pensamiento quevediano, pero tiene la seguridad de que forma parte de la cadena del saber y que estas obras completas no son más que un eslabón en ella, porque con ellas se mejora la contribución al mejor conocimiento de la obra quevediana y se prepara el terreno a otras, dice, que superarán las nuestras. Han de pasar muchos años para que esto suceda. Si es que sucede.

Mercedes SÁNCHEZ SÁNCHEZ
Centro de Estudios de la Real Academia Española

Martinengo, Alessandro, *Al margen de Quevedo. Paisajes naturales. Paisajes textuales*, New York, IDEA, 2015, 158 pp. (ISBN: 978-1-938795-10-7)

El libro *Al margen de Quevedo. Paisajes naturales. Paisajes textuales*, de Alessandro Martinengo, publicado en 2015 por el Instituto de Estudios Auriseculares (IDEA), recoge diez ensayos, fruto de la última década de investigación del reconocido quevedista. Aunque estos ensayos fueron publicados por separado, e incluso en idiomas diferentes (el español y el italiano, que se conservan en la recopilación publicada por el IDEA),

forman un conjunto coherente, pues, tal como lo afirma el crítico en la «Premisa», se dedican al estudio de elementos muy puntuales y poco conocidos tanto de la obra como de la vida de Quevedo, y, así, ofrecen una nueva perspectiva sobre el autor y dan nuevas luces a una nutrida tradición crítica. Además, el volumen tiene como elemento unificador la presencia de Italia en la vida y en la obra de Quevedo, como se puede ver en las partes que lo conforman: la primera titulada «Paisajes y reminiscencias de Italia en Quevedo», y la segunda titulada «Quevedo y el Papa Urbano VIII Barberini».

El volumen va precedido de una Introducción, «Quevedo fra Lerma, Osuna e Olivares: un intellettuale nell'arduo confronto delle istituzioni», que resulta fundamental para el lector, pues le ofrece el contexto histórico de las obras y de los episodios de la vida de Quevedo que van a ser analizados en los diez ensayos siguientes. Martinengo introduce la experiencia de Quevedo en Italia como protegido del duque de Osuna, sus viajes diplomáticos, y resalta su cambio de postura durante la Guerra de los Treinta Años, pues pasa de exaltar al duque de Lerma y su política pacifista, a apoyar las políticas agresivas del duque de Osuna después de la invasión de Monferrato. Por último, el crítico destaca la importancia que tuvo Quevedo en el auge de la reflexión que se dio hacia 1620 en España sobre el asesinato de Enrique IV, erigido diez años después de su muerte como una figura paradigmática tanto por su sabiduría como por su audacia bélica (que Quevedo sugiere a Felipe IV, mostrando un apoyo a la política también belicosa del duque de Olivares).

Una vez expuesto el panorama histórico de la estancia de Quevedo en Italia, Martinengo pasa al análisis de las irrupciones del paisaje italiano en su obra. Cabe destacar, en este punto, que el crítico no sólo contextualiza la producción y la experiencia quevediana, sino también su propia reflexión al respecto. Así, en el ensayo «Los paisajes italianos de Quevedo (un conceptista de viaje)» advierte a los lectores que un análisis de la experiencia italiana de Quevedo no puede ceñirse a las actuales fronteras políticas de dicho país, pues tiene que incluir Niza, hoy francesa, y Segnia (Senj), hoy croata, además de las ciudades pertenecientes a los antiguos estados regionales, que hacían parte de la Italia del siglo xvii.

En el análisis de la huella que deja el paisaje italiano en la obra de Quevedo, Martinengo resalta la presencia de los volcanes no sólo en su poesía amorosa, tema ampliamente estudiado por la crítica, sino también como elemento asociado al mito de los titanes, al que recurre el poeta para aludir a las rebeliones contra el poder de España. El crítico destaca la paradoja de que los lugares en los que más estuvo Quevedo (Nápoles y Sicilia, a donde acompañó al duque de Osuna) son los que menos figuran en su obra, y sólo se traslucen en su producción justamente por las alusiones a los volcanes, mientras que lugares que probablemente sólo conoció a través de grabados de la época, que esta edición del IDEA reproduce, como Segnia y Savona, parecen haberle

impresionado más, por el contraste entre el paisaje arduo y las obras humanas. Martinengo también destaca las reflexiones sobre el paso del tiempo que Roma le suscita al poeta, y concluye afirmando que, si bien en la obra de Quevedo no hay una descripción detallada del paisaje, es necesario analizar cómo la percepción de éste está filtrada por estímulos intelectuales, por referentes librescos, con lo cual el poeta se revela, justamente, como el «conceptista de viaje» al que alude el crítico en el título de uno de los capítulos dedicados al paisaje italiano.

Un capítulo que merece especial atención en esta primera parte de la obra es el que se titula «Felipa de Catánea: la novela ejemplar que Quevedo no escribió». Allí Martinengo estudia el prólogo y la influencia de Quevedo en la traducción de Juan Pablo Mártir Rizo de la obra *Histoire des prosperitez malheureuses d'une femme catenoise*, de Pierre Matthieu. La historia del ascenso y la caída de Felipa de Catánea, como refiere Martinengo, hacía parte de los acontecimientos públicos de Italia meridional, y fue tratada por Boccaccio con piedad hacia el personaje, y por Matthieu desde una perspectiva más fatalista. Si bien el texto que traduce Mártir Rizo es el de Matthieu, éste es modificado por medio de una larga glosa al margen y varias interpolaciones que pretenden convertir a la catanesa en la imagen del mal privado. Martinengo hace en este punto un estudio comparativo del texto original en francés, la traducción y el prólogo de Quevedo, y muestra que los rasgos esenciales de la modificación que lleva a cabo Mártir Rizo se remontan al prólogo, donde Quevedo, además de atribuirse una coautoría, promete escribir él mismo la historia de la catanesa, propósito que nunca fue llevado a cabo. Así, a través del estudio de un fragmento, como el prólogo de una traducción, Martinengo devela la postura ideológica de Quevedo hacia 1625: el poeta, en un contexto de momentáneo equilibrio entre los altos cargos del estado, y, además, movido por su apoyo a Olivares, se niega a delegar a la inestabilidad de la fortuna todos los sucesos humanos, tal como ocurría en la obra de Matthieu.

De gran importancia para los estudios sobre Quevedo resulta el capítulo «Texto, traducción y comentario del *Breve* de Urbano VIII a Quevedo» incluido en la segunda parte del volumen. Allí, como el título lo indica, se reproduce una carta en latín dirigida por el Papa a Quevedo, acompañada de la traducción de Martinengo, así como de su agudo análisis. Esta carta, como lo refiere el crítico, ha sido un documento olvidado por los quevedistas, pero no por ello resulta de poca importancia, ya que revela lo que Martinengo denomina «las angustias patrimoniales de don Francisco», y estudia en el capítulo así titulado, que precede al de la reproducción del documento. La carta, entonces, muestra un aspecto enigmático de la personalidad del poeta, pues surge como respuesta a otra carta, cuyo texto no se conserva pero puede intuirse por la contestación, en la cual Quevedo pedía licencia, en 1625, para conservar unas rentas eclesiásticas en caso de casarse, cosa que no llevaría a cabo sino hasta 1634. También evidencia la buena disposición del Papa hacia

Quevedo, quien terminará exaltando su política equilibradora y buscando, hacia 1635, su protección contra la enemistad de Olivares.

Vemos entonces que este volumen, publicado por el IDEA, no sólo nos ofrece la visión de conjunto de estos elementos puntuales, que, a través del análisis de Martinengo nos revelan aspectos importantes de la vida y el pensamiento de Quevedo asociados a su contexto, sino que, además, tiene el mérito de reproducir documentos de la época, como los grabados de los paisajes italianos y la carta de Urbano VIII, abriendo más posibilidades de estudio dentro del quevedismo. Así, surge un gran aporte a esta tradición crítica, que puede nutrirse, por un lado, de las lúcidas reflexiones de Martinengo, y, por otro lado, de su generosa voluntad de divulgar los documentos que las suscitaron.

Sara Santa A.
Universidad de Navarra / CRISO